

LA NOCHE DEL PASCUAL

Por Josefina Estrada

Anaya asegura haber visto a Dios. Fue una noche de agosto del año 63. Tuvo la corazonada de que iba a morir. Dice que se vio de espaldas caminando en el desierto al lado de Dios. Anaya le suplicaba que no se lo llevara, que aún tenía mucho que hacer por sus hijas. Cuenta que se pararon al borde de un precipicio y Dios le dijo: "Está bien Anaya. Te dejaré vivir, pero recuerda que siempre estarás a un paso del vacío.

Aléjate del abismo y trata de no caer."

Solo, en medio del desierto se preguntó: "¿Dónde está mi casa, mis hijas y mi mujer? ¿Acaso me creen muerto y ya se fueron?" Quiso llamarlas, pero no pudo porque la arena lo elevó con la violencia del tornado y porque un sabor dulce, cálido y vivificante le hizo abrir los ojos: era un Pascual de uva con alcohol del 96. 24 años después, Anaya seguiría afirmando que jamás había bebido vino tan sabroso.

En 1972, Jimena, la mayor de sus siete hijas, le contó lo que sucedió aquella noche: "Recuerdo que no teníamos luz; que llegaste a la casa quejándote mucho y te caíste en el quicio de la puerta. Mi mamá y mis hermanas se levantaron corriendo. Desde mi cama miraba todo. Mi mamá te decía 'Alberto, Alberto, qué tienes: ay Diosito lindo, ahora sí, ay qué hago. No habla, no respira. Jimena, párate, qué esperas, hija de mi vida. Córrele con la señora Irma y que te venda un poco de alcohol, hojas o lo que tenga. Pero vuélale. Ah, y de regreso pasas y te compras un refresco, el que sea. Pero córrele que tu padre se nos va.'

"Si ya tenía miedo, más me dio porque doña Irma vivía en una cueva, en una montaña donde sacaban arena. Para llegar a su casa tenía que cruzar un arroyo, no muy profundo, ¿te acuerdas?, apenas me llegaba a la espinilla. Pero me daban pánico las ranas, las chiquitas, las que se esconden debajo de las piedras, las que se te pegan en las piernas, si por descuido llegas a desbaratar su escondite. Quise decirle a mi mamá que no me mandara, que se acordara de lo miedosa que era. Pero cuando me dijo: 'Córrele que tu padre se nos va', vi en su mirada un terror más grande que el mío. Olvidé cómo atravesé el arroyo. Sólo me veo subiendo un estrecho camino mientras me decía: no te caigas, tonta, no te caigas o vas a romper el frasco del alcohol; no te caigas o vas a encontrar muerto a tu papá.

"En ese preciso instante comprendí por qué le pusieron El Capulín a esa colonia: todo, por donde se viera era oscuro, negro, con lejanos destellos de luz. Y las pocas luces que podían verse, eran posibles porque a lo mejor eran de un vidrio reflejado en la luna o quizá por un cuchillo o eran la carcajada de una vieja borracha o, lo más seguro, eran los ojos de una rata, no sé, cualquier cosa; menos una luz verdadera.





“En ese barrio era imposible la existencia de la luz y menos a esas horas. Cerré los ojos con la misma fuerza con la que apretaba el frasco. Encontré a doña Irma, sentada, frente a una mesa con una vela al centro, justo en medio de la cueva. Vi su rostro alargado, rojizo como una sandía rajada a la mitad. Cuando le extendí el frasco con el dinero quise decirle: no sea malita, échele una hierba o lo que sea para que se alivie en un lueguito mi papá. Pero me dio miedo de que fuera a pensar que sin querer le estaba diciendo bruja, digo, en su cara, porque a sus espaldas todos los niños sí le decíamos. Claro, mejor me quedé callada y desesperada porque así aquella mujer todo lo hacía terriblemente despacio, mientras que yo no podía dejar de castañetear los dientes ni impedir que latiera tan fuerte mi corazón tan recio como el frío que me zarandeaba, y con toda razón porque nomás me había salido en fondo y con un zapato. Tenía 6 años y era, todavía lo soy, lo sabes, muy friolenta. “Después de beber el refresco te calmaste; diste un suspiro entre queja y gusto, pero claramente entendimos que quisiste decir: ‘¡ah, qué sabroso! ‘Pero, ¿sabes qué, papá? Todavía no me explico el porqué de mi angustia de esa noche. No era porque te fueras a morir. Yo no te quería. Para mí eras un viejo queapestaba a carne podrida, que tosía como endemoniado por las noches y que no me dejaba dormir. ¿Y cómo iba a quererte? Si yo no vivía con ustedes; si siempre estaba en la casa de los patrones de mi mamá. Sólo en vacaciones veía a mis hermanas. Y menos podía quererte porque toda la vida había escuchado a la patrona decirle a mi mamá: ‘Violeta, ya deja a ese briagadales; volviste con tu briagadales; qué vida le espera a tus hijos con el briagadales de padre que les escogiste.’ Y así todo el tiempo briagadales por aquí, briagadales por allá. Sí, ¿no, papá? Tú sabes que así te decía doña Elvira. Ah, y además chancludo. Eras briagadales o chancludo o las dos cosas. Entonces, pues sí, digo, me da pena decírtelo, pero si te hubieras muerto hasta gusto me hubiera dado. “Porque me daba pena andar en la calle contigo. Me acuerdo mucho de una vez que fuiste por mí a la escuela. Te recuerdo flaco, amarillo y tembloroso. No corrías a saludarme como todos los papás de mis amigos, sino que te quedabas recargado en cualquier coche. Me da pena decírtelo, en serio; pero nada más de verte me daba un santo coraje que luego luego empezaba a regañarte: rasúrate, báñate, péinate; ponte el uniforme que te dio el señor presidente. Y si mi mamá no puede venir por mí, yo sé irme sola. Mientras sonreías me dijiste: ‘Ah, qué chata tan remilgosa, venga acá mi chata. Es que estoy malito’. ‘Malito, malito, tú no estás malito; tú eres un briagadales, eso eres tú.’

“Bajaste la mirada haciendo pucheros mientras movías la cabeza afirmativamente. Cuando íbamos caminando me dijiste: ‘Sí mijita, mañana, Dios mediante, voy a venir bañadito. Pero no te enojés’. Pero seguí enojada, aunque ya no contigo, sino conmigo porque ciertamente era una niña muy mala. Y es que ya sabía que desde la noche del Pascual de uva, habías dejado de beber. Y si te veías acabado era porque estabas en recuperación. Y si estabas amarillo era porque, como te dijeron los doctores, estabas propenso a la tuberculosis. Recuerdo que sudabas mucho y yo pensaba que era el alcohol que todavía guardabas en los huesos. La verdad, yo creo que me dolía no tener un padre como el de mis amigas, sino a un señor que cada vez que tosía, esperaba que escupiera pedazos de pulmón.”

Han pasado quince años desde que Jimena y Alberto Anaya platicaron lo anterior. Días antes de la fiesta de quince años de Jimena. La noche del festejo Anaya volvió a tomar. Dijo que por el puro gusto de ver a su chata hecha toda una señorita. Jimena se controló mucho para no llorar: había pasado tres horas en el salón de belleza. Tenía pestañas postizas, pegadas una por una y le habían aplicado un maquillaje especial para quinceañeras. Pero el recuerdo de El Capulín fue más fuerte que su vanidad. Todos pensaron que lloraba de emoción porque su padre con lengua de estropajo la estaba presentando a la sociedad. Por el micrófono del conjunto su padre la llamaba: Mi tesorito, mi reina, mi alegría, mi orgullo. Y algunas cosas más que ya olvidó. Sólo recuerda que al final su padre puso como tutores a los asistentes de su niña; porque para él seguiría siendo su niña. La chata retobona y paquetuda de siempre. Y de ahí en adelante Alberto volvió a emborracharse una o dos veces al año. Cada borrachera de quince días a tres meses. Alberto tiene sesenta años. Hace dos meses que la volvió a agarrar. Y cuando Anaya se encueta no le importa si se queda tirado a media calzada, ni que se le caigan los pantalones a mitad de la calle. Ni que su orina y excrementos provoquen asco a todo el que se atraviesa en su camino. Es más, hasta se ríe y les dice: “A poco la tuya huele a rosas.”

Toda la familia Anaya quiere desaparecer para no ver las gracias de Alberto. Todos le dicen que haga un esfuerzo para que se acuerde de cómo le hizo para dejar de beber nueve años sin haber siquiera olido el alcohol. Anaya se molesta; no quiere consejos, ni regaños ni lágrimas.

Nunca les confesó la razón por la que dejó de beber. Ni piensa confesárselas.

Anaya ha bebido como nunca lo había hecho. Piensa que entre más beba acelerará la recaída y más pronto vendrá la ayuda. Nunca como hoy se le ha visto tan huraño y tan seco; si es en sus borracheras cuando más demuestra su ternura. Hace días que Anaya se salió de su hogar. Más tardan en cargarlo hasta su casa que él en salirse de vuelta. Se la vive con los teporochos que merodean el mercado de Becerra, allá por el rumbo de Tacubaya. Al octavo día de su salida llovió tan fuerte que un rayo atravesó el puente donde Alberto dormía. A pesar del resplandor, hay quien asegura haber visto una silueta púrpura, rosa y morada que parecía tocar el hombro de Anaya.

Cuando pasó la tormenta Alberto Anaya estaba muerto. Nadie entiende por qué, si el rayo estuvo tan cerca, no lo quemó. El cuerpo quedó intacto. Durante muchos días se discutió si murió antes o después del rayo. Nadie lo sabrá; de lo que sí están bien seguros es que cuando Anaya tomaba, ni Dios mismo era capaz de despertarlo. ♦

